
RICHARD LEWONTIN:
UNA VIDA COMPARTIDA SERÁ DIFÍCIL
QUE TERMINE

DIANA ALETHIA GUERRERO HERNÁNDEZ

Escribo desde mi parcialidad ¹.

Cuando me encontraba buscando tema de investigación para mi trabajo de titulación rondaba los veinte años, era una estudiante entusiasta por las neurociencias y quería realizar mi carrera profesional en los laboratorios.

Dos experiencias principales me excluyeron de ese campo pues, aunque me apasionaba y mis disposiciones escolares estaban a favor, eso no era suficiente para obtener un espacio. Las prácticas de investigación me iban mostrando atrincheramientos, constituciones y exclusiones de comunidades condicionados por el contexto, que favorecían a algunos y perjudicaban a otros. Por supuesto, no cupe ahí.

En esa edad no podía entender por qué me alejaban de esos espacios, por qué sus prácticas me parecían violentas y por qué me excluían. No era tan claro para mí que la ciencia y sus prácticas podrían legitimar órdenes sociales, condicionadas por poderes desde su ejercicio práctico y teórico.

Al hacer retrospectiva, no habría por qué pensar que las violencias, las formas de dominación, los poderes y sus ejercicios operarían al margen de las prácticas científicas, del mismo modo que en el tipo de preguntas que nos hiciéramos en esta comunidad y en nuestra forma de ver el mundo y reproducirlo.

Cuando emprendí un camino hacia espacios menos hostiles, me encontré con un equipo configurado principalmente por estudiantes como yo, que no habían tenido un lugar cómodo para involucrarse con las teorías y con la acción científica desde la biología.

En ese grupo, cuyo motor fuimos las, les, los estudiantes, conocí a toda una tradición que interpelaba esta manera presuntamente *apolítica* de ejercer las prácticas científicas. En esa interpelación, reivindicábamos, la supuesta *neutralidad política* en el ejercicio científico era ya una forma de hacer política mediante un actuar irreflexivo que terminaba por ser arrastrado del lado de los más poderosos.

Posgrado en filosofía de la ciencias, Facultad de Ciencias, Universidad Nacional Autónoma de México. / alethia.nauka@gmail.com

Ahí conocimos a un grupo de científicos y científicas activistas que, como resultado de las revueltas posguerra estadounidenses, de los movimientos comunistas, de las reflexiones críticas con respecto a la crisis ambiental y de las posturas racistas, clasistas y misóginas soportadas por algunas teorías científicas, formaron *Science for the people*, colectivo extendido por Estados Unidos, Europa y América Latina.

Así fue como me acerqué a Richard Lewontin. Reconocí su relevancia en nuestro gremio, que se vertió en nuestra carrera y, finalmente, en nuestras vidas. Lewontin fue mucho para el grupo de jóvenes que habíamos sido discriminadas del gremio. Un grupo donde se valía ser pobre, sentirse indignada por las prácticas y teorías científicas excluyentes, por el capitalismo y por sus efectos en nuestra Tierra. Un grupo que defendía la universidad pública y la ciencia para el pueblo. Aclaro que me refiero a *nosotras*, estudiantes, como el grupo.

Lewontin, sí, ese ecólogo, matemático y filósofo, que trabajaba al lado de íconos como Stephen Jay Gould, Hilary Rose, Steven Rose, Leon J. Kamin y Richard Levins, fue un referente para nuestra generación. Un científico cuyo trabajo nos esperaba a habitar un mundo más vivible dentro de la comunidad científica, por un mundo apasionado, por un mundo en que cualquier persona podríamos ser científicas y no sólo eso, como dijera Levins (2008) cuando citaba a Marx (1845), sino un grupo que queríamos vivir la XI tesis de Feuerbach, aquella que se volvía un lema de vida y que, para no olvidarlo, terminé tatuando en mi pie izquierdo:

Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.

La filosofía extendida a la biología, nuestro nicho para transformar el mundo, hacerlo, me mantengo creyendo, sigue siendo urgente. Y quizá es uno de los sentidos más profundos que me enseñó el comunismo y que se amplió en mi ejercicio profesional en forma de biología dialéctica con el legado de Lewontin. Estar en ese mismo suelo que se transformaba en medida de que nos íbamos transformando y viceversa.

La dialéctica que nos enseñaba que los *objetos* y *sujetos* no eran productos terminados en el mundo, que corrían bajo transformaciones constantes del devenir histórico, un devenir de contradicciones que nos generaba nuevas relaciones a través del tiempo (Levins y Lewontin, 1986).

Esas relaciones, sin límites claros o preestablecidos, *en interpenetración*, que podrían moldear las cualidades de sujetos y objetos heterogéneos y las relaciones de causas y efectos, eran ya un postulado potente que nos mostraba un mundo en movimiento, que podía ser intervenido, que no estaba destinado a ser lo que conocíamos, que podía cambiar y de hecho estaba cambiando.

La dialéctica que nos traía a cuento que la actividad científica no era ajena al contexto ni al modelo económico de la sociedad en que tomaba lugar (Levins y Lewontin, 1985; Lewontin, 1991; Levins, 1996;). Esa dialéctica se volvía una práctica cotidiana y colectiva en ese equipo donde, siguiendo uno de sus títulos más famosos, nos identificábamos como *biólogos y biólogos dialécticos*.

La dialéctica que nos enseñó a observar y observarnos como relación de partes heterogéneas en interpenetración que, con el tiempo, pude entender también como subjetividades heterogéneas, donde todas cabíamos en nuestras diferencias atravesadas por el cambio histórico y cuya relación nos condicionaba la existencia, nos previno del ejercicio ideológico de la biología.

Lewontin, una y otra vez, nos hizo patente que él no venía solo, que retomaba algunas preguntas hechas por él y otras y otros autores, que debían estar presentes en los análisis retrospectivos, así como en nuestras prácticas científicas e intelectuales del presente. Recordemos, por ejemplo, a Stephen Jay Gould (1981),

¿Hemos de creer que en la actualidad la ciencia es diferente, sólo porque compartimos el marco cultural de la mayoría de los que la practican y, por tanto, confundimos la influencia de este marco cultural con la verdad objetiva?; ¿con qué derecho, salvo el derivado de nuestros propios prejuicios, podríamos señalar la incidencia de éste en el quehacer científico del pasado y sostener que en la actualidad la ciencia opera al margen de toda influencia cultural o de clase?

La objetividad planteada comenzaba a ser problemática al ser producto entonces de una serie de valores culturales de la sociedad en que formamos parte. Nos mostraba que la objetividad no es un producto inocente en nuestras teorías y prácticas.

La actitud de Lewontin fue parte de esta advertencia que nos invitó a pensar y pensar-*nos*, que criticaba los vicios de la irreflexión propia de nuestro gremio, que se negaba a hacer de la biología un espacio ideológico (Lewontin, 1991) al criticar que: “los científicos usualmente no están conscientes del efecto profundo de sus formas de explicar, mismas que sirven para reforzar las actitudes sociales que dieron lugar a las suposiciones” (Lewontin, 1991, pp. 7-10), actitudes por las que, al estar envueltas en relaciones de poder, facultaban explicaciones racistas, clasistas, misóginas sirviendo a lo que en marxismo se nombró como superestructura.

Por ello, de acuerdo con Steven Rose (1997), desde la biología era necesario voltear a ver radicalmente nuestra historia:

Dobzhansky acertó al decir ‘nada en la biología tiene sentido si no es a la luz de la evolución’. Sin embargo, quisiera ir un poco más lejos: ‘nada en la biología tiene sentido si no es a la luz de la historia’.

La historia nos trajo hasta aquí, como animales atravesados por la política, como biólogos y biólogas, como filósofas, como sujetas y objetos de nuestra disciplina y hacer cotidiano. Comprenderlo nos haría ir más lento en nuestro actuar y comprometernos profundamente con los efectos del mismo. Como dijera Levins (1996),

No deberíamos pretender o aspirar a una blanda neutralidad, sino proclamar nuestra hipótesis de trabajo: todas las teorías estarán erradas mientras promuevan, justifiquen o toleren la injusticia.

Lewontin, como parte de este hacer colectivo, no sólo fue un biólogo, matemático, filósofo marxista de la ciencia. Es un referente en generaciones que rebasan a la suya, de quienes nos resistimos a ser marginados intelectualmente por el destino económico, misógino, clasista o racista del espacio científico.

Lewontin, que se negaba a ver separados a los genes de los organismos, los organismos de sus ambientes (Lewontin, 2000), que se negaba a ubicar las desigualdades sociales en los genes (Rose, S., R. Lewontin y L. Karmin, 1984), que nos hablaba de la irreductibilidad de la explicación social a la biológica, que nos invitaba a tomar distancia de los fenómenos para tener mayor amplitud de panorama, fue todo un ejemplo de resistencia.

Fue y seguirá siendo un referente para la gente que creemos que las dicotomías de la modernidad, capitalista, androcéntrica y colonizadora de la naturaleza y de la humanidad no son suficientes para entender ni nuestros objetos de estudio ni a nuestras prácticas científicas. De personas que nos resistimos a sentarnos frente a la pantalla a observar las crisis económicas, ambientales y éticas, y no actuar en consecuencia.

Lewontin, sin duda, es un personaje multifacético, como humano complejo que fue, cuya influencia rebasa su tiempo de vida en tanto materialidad biológica, que fue a campos de la filosofía, de la biología evolutiva, de las matemáticas y ecología, de la genética y activismos científicos.

Hoy quise escribir de su influencia para las estudiantes que fuimos, que no tuvimos lugares cómodos para hacer ciencia y críticas, y que fuimos dispersadas como semillas a otros lugares, que hoy somos profesoras, estamos en posgrados, ejercemos maternidades, que, trabajando dentro y fuera de las universidades, resistimos con toda nuestra vida.

No hay despedida a la vida de Lewontin, pues es de esas que se quedan, que resisten, que alumbran tempestades a las subjetividades no acomodadas. Es un *hasta siempre*, Richard Lewontin.

NOTA

1 Este homenaje se acopla a la propuesta feminista de Donna Haraway (1995) para hablar desde el conocimiento situado.

BIBLIOGRAFÍA

- Gould, S. (1981), *The Mismeasure of Man*. New York: W W Norton & Company.
- Haraway, D. J. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra.
- Levins, R. y R. Lewontin (1985), *The Dialectical Biologist*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Levins R (1996), "Ten propositions on science and antiscience", *Social Text* 46/47 (14), 101-111
- Levins (2008), "Living in the 11th thesis", *Monthly Review* 59 (8), 29-37
- Lewontin, R. (1991), *Biology as Ideology*. New York: Harper Perennial. HarperCollins Publishers.
- Lewontin, R. (2000), *The Triple Helix: Gene, Organism and Environment*. Cambridge MA: Harvard University Press
- Marx, K. (1976) [1845], *Theses on Feuerbach*; en Marx, K y Engels F: *Collected Works*, Vol 5, New York: International Publishers.
- Rose, S. (1998), *Lifelines: Biology, Freedom, Determinism*. London: Penguin Books.
- Rose, S., R. Lewontin y L. Karmin (1984), *Not in Our Genes*. London: Penguin books.

